

LA LLAMADA DE ÁFRICA

ÁFRICA, el enigmático continente negro, donde multitud de viajeros son presa de ese mal conocido como "la llamada de África", o "el mal de África", un sentimiento que desde la llegada de los primeros exploradores europeos hace apenas un siglo, se refleja en una especie de patológica ansiedad por regresar al continente después de haber viajado o vivido allí.

Un mal capaz de reconducir vidas ya hechas, de arrastrar sin remedio hacia los espacios inmensos donde la naturaleza se convierte en el mayor espectáculo sobre la tierra, de absorber el pensamiento hasta perder el interés por conocer cualquier otro rincón del planeta.

Para hacer un poco de historia sobre como comenzó nuestro idilio con el continente africano, tenemos que remontarnos al verano de 1.993, en el que el co-autor de este artículo se enroló un poco a ciegas, en una expedición en un camión 4x4 a la Región de los Grandes lagos, un viaje iniciático que le ha llevado durante los años posteriores a recorrer de forma casi compulsiva todos los lugares míticos de la geografía africana, a través de más de 30 de sus países.

En 2002, se cruzaron los caminos de dos antiguos compañeros de colegio, ahora ambos profesionales del sector financiero de nuestra ciudad.

Y una cosa llevó a otra, un primer viaje al siguiente, y ahora los cafés matutinos entremezclan las conversaciones bancarias con la nostalgia de experiencias pasadas y la emoción por nuestra siguiente aventura africana.

Y es que en África todavía es posible vivir la última gran aventura.

Hoy, cuando la mayoría de destinos turísticos masificados se están convirtiendo en parques temáticos, y que la globalización está acabando con la posibilidad de conocer y compartir culturas ajenas a las nuestras, quizás solo ya en África existe la posibilidad de contemplar paisajes espectaculares como el Desierto del Namib, las sabanas del Serengeti, los volcanes del Virunga o las selvas del Congo. O fenómenos de la naturaleza únicos en el mundo, como el Delta del Okavango o las Cataratas Victoria.

También tribus de la edad de Piedra, como los Masais y los Hadzabi de Tanzania, los Pigmeos del Zaire, los Himbas de Namibia, los Dogones en Malí o los Surma en Etiopía.

Y toda la fauna salvaje africana pasando por delante de nuestros objetivos, en ocasiones demasiado cerca...

La experiencia memorable del rastreo de los últimos gorilas de montaña en las colinas de Virunga, Congo, la migración de los ñus en Kenya, las manadas interminables de elefantes en Botswana, cacerías de leones en Namibia, las caminatas por la selva en Gabón tras el gorila de llanura y el elefante de selva, todas ellas mantendrán un recuerdo imborrable en nuestra memoria.

En fin, el África mítica que todos esperamos encontrar.

En estos años han sido muchas las aventuras vividas, que serían suficientes cada una de ellas para cubrir esta página, pero viene a nuestro recuerdo aquella loca jornada de 48 horas ininterrumpidas que comenzó en la frontera de Ruanda con Tanzania, en la que miembros de la Cruz Roja nos recomendaron vehementemente cruzar aquellos kilómetros de forma rápida y con escolta militar, ante el riesgo cierto de ataques de bandidos, y que - cosas de la particular Ley de Murphy africana -, hicieron que nuestro camión todo terreno se averiara justo en aquel poblado de nombre incierto donde ocurrían la mayor parte de asaltos a vehículos, lo que nos obligó a pernoctar allí en una noche memorable, a conducir al día siguiente por pistas infernales durante 16 horas, a reparar de urgencia nuestro vehículo con una mezcla de harina de mandioca y pegamento superglue, siendo remolcados antes por un camión a 80 km./hora bajo una lluvia de piedras, para llegar a tiempo al anochecer al último ferry que cruzaba el Lago Victoria y arribar así a la supuesta "civilización", a la ciudad portuaria de Mwanza, donde nos esperaban nuestros compañeros... detenidos en la comisaría de policía tanzana por un surrealista malentendido...

O la experiencia de este pasado verano, donde pudimos asistir a la ceremonia del *Donga*, una lucha fratricida que enfrenta a los miembros de la tribu Surma, en la frontera de Etiopía con Sudán, en la que armados con largos palos de madera se golpean de forma salvaje hasta el abandono de uno de los contendientes.

Allí, rodeados de atléticos individuos desnudos de casi 2 metros de altura, sumidos en un éxtasis de sangre, sudor y adrenalina, y entre disparos de júbilo con sus rifles Kalashnikov, surge la pregunta entre los viajeros de ¿qué hacemos nosotros aquí???

No debimos de encontrar muy claramente la respuesta, ya que días después estábamos en un perdido rincón de Etiopía, en un enorme lodazal a 3.000 metros de altura con nuestros vehículos atascados en el barro, averiados o volcados, intentando poder acceder al aislado y desconocido Parque Nacional del Omo.

La variada y agresiva en ocasiones fauna salvaje africana, ha puesto también a los autores de este artículo en situaciones comprometidas, como dos ataques de elefante de selva, o la irrupción inesperada de una manada de leones francamente enfadados con un grupo de hienas, que ajustaron cuentas a pocos metros de nuestro campamento en mitad de la noche del Serengeti.

Pese a las muchas noches transcurridas en la sabana africana, todavía hoy el cabello se eriza cuando en el silencio total se escucha el impresionante rugido del león, que te hace remover inquieto en tu saco de dormir o acalla las risas del grupo que comenta divertido las emociones del día alrededor del fuego de campamento.

Y desgraciados accidentes como el ataque de una hiena a un campamento vecino, nos ha hecho ver que no debemos menospreciar los peligros de la naturaleza africana, y quizás precisamente ahí está uno de sus contrasentidos, la belleza total, contra el lado oscuro del continente, con sus riesgos, la pobreza endémica de sus gentes, la enfermedad.

Dijo Joseph Conrad, el autor de *El Corazón de las Tinieblas*, que *"En África no hay fronteras, ni siquiera entre la vida y la muerte"*.

Un viejo compañero de viaje, siempre comenta que cuando alguien le pregunta el porqué regresa cada año a África, ya no se molesta en contestar.

Quizás sea por el ansia de aventura, por el deseo de exploración y de libertad absoluta que todo hombre guarda dentro.

Quizás porque el mítico corazón de las tinieblas es una tierra de grandeza, llena de misterio, hoy como hace 100 años.

Quizás sea por la amistad.

Quién sabe.

Autores:

Javier Villayandre Bayón.

Bernardo Castro López.